

Bogotá, 19 de Agosto de 2009

**Sesión Solemne Estatutaria Academia Colombiana de Ciencias Exactas
Físicas y Naturales**

Saludos:

Educación superior: viejos roles, nuevos roles y productos colaterales.

Agradezco a la Junta Directiva que me haya invitado a hacer esta introducción a la presentación de la señora Ministra de Educación Nacional sobre “El desarrollo de las competencias científicas en la revolución educativa”. Todo rector de una Universidad, pero con mayor razón el rector de la Universidad Nacional, a la que le cabe por ley y por tradición el deber de liderar procesos de desarrollo de la educación superior en el país, tiene una permanente preocupación sobre el papel que está cumpliendo su universidad, las tareas que se esperan de ella, y la forma como responde a los retos y a las exigencias siempre cambiantes que le impone la sociedad. No debe por eso sorprender mucho el título de mi intervención.

A pesar de que la Universidad se percibe a veces como una institución pesada y con una forma especialmente lenta y cautelosa para introducir cambios, es indudable que durante su ya milenaria historia ha adquirido papeles muy diversos aunque relacionados.

Ha sido siempre una institución para educar. Es una premisa sin equa non, sin ella puede ser muchas cosas pero no puede llamarse universidad. Sin embargo las preguntas acerca de cómo educa, a quiénes y para qué - son preguntas con respuestas diversas y cambiantes a lo largo de la historia.

Algunos términos parecen estar siempre presentes aunque sus significados varían en el tiempo. Ya en los orígenes de la universidad medieval se puede (en forma simplista) distinguir universidades privadas y públicas. La que con bastantes fundamentos es considerada la primera (hay por supuesto discusiones al respecto), la universidad de Bolonia, fue fundada por uniones de estudiantes quienes eran efectivamente los dueños y los que pagaban a los profesores. Fue ella una de muchas iniciativas netamente privadas y que tenían como objetivo principal la instrucción y el entrenamiento de sus dueños, los estudiantes. Muy cercanas en el tiempo se fundaron otras universidades por la Iglesia y por el Estado. Se podrían llamar públicas por el origen de su financiación, por su manejo y por sus objetivos. Sus metas eran en forma vaga la promoción del conocimiento y la cultura, pero se reconocían fundamentalmente como marcos de adoctrinamiento. Las primeras, las privadas desde el comienzo, sustentaban un principio de autonomía que las independizaba de los avatares políticos, aunque obviamente no las aislaba de un contexto histórico. El Santo Emperador Romano Federico II, por ejemplo, fundó la Universidad de Nápoles en 1224 para contrarrestar la influencia de la de Bolonia, servidora de los intereses de la Liga Lombarda y del Papa Gregorio IX. Mucho más tarde, en el siglo XIX la misma Universidad de Bolonia fue llamada “la madre de las universidades” y usada con ese lema propagandístico como un símbolo en el proceso de la reunificación nacional italiana.

La pregunta de cómo educar también ha tenido diferentes respuestas a lo largo de la historia. La ilustración y la reforma tuvieron fuerte influencia en ella. En el siglo XIX surgieron como respuesta dos modelos muy conocidos. La Universidad Alemana conocida como el modelo humboldtiano por haber sido propuesto por Wilhelm von Humboldt, y la Universidad Francesa o modelo napoleónico porque surgió de iniciativas del Estado Napoleónico para satisfacer los requerimientos que la sociedad imperial en expansión planteaba a la educación. La universidad alemana incentivaba el pensamiento productivo en contra de la “regurgitación del conocimiento” y planteaba la investigación científica en la Universidad como instrumento central en la formación; la francesa proponía una organización bastante rígida, con una educación profesionalizante y con la investigación concentrada en institutos externos especializados. La universidad británica, en forma independiente, adoptó el modelo alemán posiblemente en forma mucho más libre y centrada en investigación que en la misma Alemania. Sin ningún lugar a duda durante el siglo XX se impuso el modelo de la universidad libre, autónoma y basada en la investigación, por supuesto con las excepciones notables y dolorosas que se dieron en los regímenes autoritarios de distintos colores y opuestas tendencias políticas en los cuales, sin excepción, la universidad se puso al servicio de las doctrinas oficiales.

Varias nuevas realidades se han conformado desde finales del siglo XX y en los principios del XXI que justifican el título de estas breves palabras. Todas ellas han modificado en alguna forma las tres preguntas: a quién se educa, cómo y para qué. La primera abrumadora realidad es la democratización de la educación superior, muy posiblemente jalonada por el poderoso sistema universitario norteamericano y por la mayor movilidad social generada en los regímenes demócratas que se han venido imponiendo en gran parte del mundo. La educación ya no puede ser para unos pocos privilegiados bien sea porque pueden pagarla o porque son seleccionados por iglesias o estados. El sentido de lo privado y público son radicalmente diferentes a sus orígenes pero también a los que adquirió en el siglo XIX y primera mitad del XX.

Independientemente de los mecanismos de financiamiento la educación cada vez más es reconocida como bien público. Las coberturas en los países desarrollados se acercan al 100%. La formación en una profesión o en una disciplina es apenas el primer paso para habilitar a los ciudadanos en sus funciones laborales y sociales. Los posgrados son cada vez más importantes; la educación continua y permanente, y la capacidad para complementar y actualizar la propia formación de manera autónoma, y para usar la información masiva disponible en forma crítica y rigurosa, son los componentes más importantes de la formación universitaria hoy.

La investigación es el instrumento fundamental para la formación moderna y el eje alrededor del cual gravitan las demás actividades educativas. Pero la investigación misma también ha cambiado radicalmente en los últimos años. Lo que se conoce hoy como el modo II de hacer ciencia señala también a cambios esenciales en la universidad y a retos muy novedosos. La actividad universitaria se ve obligada a una cercanía muy grande con otras actividades de la sociedad y a la necesidad de comunicarse mucho más con ella, no en una simplista rendición de cuentas sino en la forma de una asociación con responsabilidades conjuntas y obligaciones mutuas. La universidad debe responder a las exigencias relevantes de la sociedad, ésta debe apoyar en forma creciente su financiación y la financiación de la investigación.

Ha habido cambios en la producción del conocimiento científico, emergieron contextos híbridos y heterodoxos de investigación. Ya no son el laboratorio del científico y el taller del artista los templos donde se genera el conocimiento y la cultura. Esto sucede también en lugares distintos que incluyen tanques de pensamiento, empresas, organizaciones no gubernamentales diversas, e incluso comunidades populares. Esto ha traído también cambios en el gobierno de la ciencia, un gobierno que debe estar integrado a tendencias globales y coordinado con demandas de exigibilidad. Un gobierno compartido en el cual la autonomía debe ser nuevamente definida y comprendida.

Las nuevas preocupaciones éticas que han generado los grandes avances científicos y tecnológicos no se resuelven sólo en los ámbitos universitarios. Los problemas que se abordan son complejos y requieren cada vez más trabajo transdisciplinar y organizaciones novedosas al interior de las universidades y entre ellas. La vieja universidad francesa de rígidas facultades es completamente obsoleta. Los títulos compuestos empiezan a reflejar la complejidad de los nuevos problemas que se abordan. La llamada sociedad del conocimiento generó nuevas formas de producción de riqueza. El desarrollo depende en gran medida de la capacidad que tengan las grandes empresas y proyectos sociales para aliarse con las universidades en esfuerzos innovativos. Todas las grandes experiencias que se han dado en el mundo de un crecimiento económico acelerado han estado precedidas de un gran fortalecimiento científico y formativo. La extensión, de ser una simple actividad de investigación y educación aplicadas, pasó a ser la interfase de comunicación entre la universidad y la sociedad en este nuevo sistema. La universidad cada vez más participa y debe participar en planes de gobierno, en las iniciativas de la sociedad civil y en los procesos de construcción cultural, apoyando con sus análisis de los hechos, con sus predicciones, y en ocasiones participando como socio integral de los proyectos que se deriven de esa actividad. No me refiero sólo a la posición crítica que siempre ha asumido, y que es connatural a ella y muy positiva, sino a una participación proactiva en propuestas de políticas y en la evaluación de sus impactos. La universidad y la sociedad (en los países desarrollados) van por delante del gobierno en propuestas políticas.

Ha habido estos años también cambios profundos en la movilidad y en los flujos globales de la ciencia y de los científicos. Cambios positivos por la apertura de posibilidades pero también negativos por restricciones de visados y cuotas de inmigración. Nuevas tecnologías permiten la participación en esfuerzos multinacionales, y la presencia virtual cambia relaciones geográficas y sociopolíticas y cambia también la identificación de las universidades con las localidades y países en los que se sitúan. Surgen

también las instituciones transnacionales, incluso las universidades ubicuas y aquellas sin una real localización física pero con amplia presencia mundial.

En el título sugería también algunos productos colaterales de la universidad en esta nueva realidad que vive. De lo anteriormente expuesto se deducen muchos de ellos. Agregaría que además de entregar a la sociedad los egresados que necesita, apoya la creación de empresas y el desarrollo social, económico, científico y cultural de la nación; muy importantemente, genera una nueva dimensión en la democracia por la capacidad que le da a la sociedad de juzgar en forma crítica sus procesos y por un aporte en equidad que se basa en la capacitación de sus estudiantes no sólo para cumplir tareas profesionales sino para llegar a posiciones de liderazgo independientemente de su origen étnico y social.

La supervivencia de nuestras grandes universidades, y la permanencia de su tradicional impacto en nuestro desarrollo y cultura dependen de la forma en la que podamos entender los cambios históricos que se están dando y las respuestas que ofrezcamos.

La universidad que instruye o que entrena, la que “otorga” conocimientos o la que prepara para el desempeño laboral, muy pronto será tan obsoleta como el trívium y el cuadrivium del Medioevo. Seguramente seguirán existiendo como escuelas de formación, pero no serán los actores sociales que deben ser. Una de las características infortunadas del subdesarrollo es llegar siempre tarde, entender los procesos cuando han pasado. Sería muy triste que mientras que todos los países del mundo se adaptan imaginativamente a las economías del conocimiento, nosotros empecemos a alistarnos para entrar por fin a la era industrial.

Moisés Wasserman